

Mates y matesitos... en Alemania

Heidelberg, 18 de diciembre de 1970.

Sr.
Miguel Salguero
Periódico LA NACIÓN
San José, Costa Rica.

Estimado Miguel:

En Heidelberg, mientras esperaba el tren en una estación fría, me dio el mate de leer uno de los recortes de periódico que acostumbran mandarme de casa. (El mate de leer en los autobuses, en los trenes o en lugares públicos es inevitable cuando lo que se quiere leer es una carta que ha tardado seis días en "brincarse el Charco"). Esta vez era el recorte de un artículo suyo: "Mates y matesitos".

...Y es que a algunos ticos nos da el mate de irnos a estudiar al exterior. Y una vez fuera de Tiquicia, todo el nacionalismo dormido al que usted hace referencia, todo ese civismo de los costarricenses, aletargado por nuestro incomparable conformismo, muchas veces despierta. Costa Rica, vista desde una nueva perspectiva, hecha un puñito entre dos masas enormes, medio sofocada por el ajetreo de los militares vecinos, cobra dimensiones inusitadas: deja de ser el Himno, la carreta, la guaría y se convierte en Patria, en 50.000 kms² de país "en desarrollo".

Desde aquí, Tiquicia, lejos de empequeñecerse, se agranda. El catalejo del idealismo, pensará usted. Yo diría, más bien: el catalejo de la objetivación. Desde aquí, Tiquicia no se vive en absoluto, al contrario: se relaciona, se compara. Y si se percibe más grande es precisamente gracias a ese espíritu, a esa idiosincrasia del tico, por la que usted tanto ha trabajado. La capacidad de improvisar, el ingenio "en bruto", la "chispa", que caracterizan al tico no son patrimonio de todos los pueblos; como tampoco son su lastre la superficialidad, el palanganear, la desmedida admiración por "lo que no es de casa". (En esto he pensado especialmente al leer su artículo). Porque ese mate es atávico. Aquí, en Europa, se les transforma (me atrevo a excluírme) y muchos costarricenses cambian el gusto por la Costa Rica por el escalofrío de pensar en el regreso ("¡Costa Rica es tan horriblemente pequeña!"); o bien, la manía de mascar chicle o de celebrar el Halloween, por la de tildar de "tica" toda actitud carente del refinamiento europeo. Otros, maravillados por el deleite que ponen los franceses en saborear un melcochón, calentado en una axila más maloliente que "sobaco de marimbero", no conciben el mal gusto costarricense ("Dios mío, si los ticos no saben comer y además tienen el espantoso defec-

to de bañarse todos los días ¡Qué subdesarrollo!"). A otros les da por importar "souvenirs", Costa Rica se convierte, entonces, en carretitas de madera, fotos del volcán Irazú y "chunches" guatemaltecos. ("¡Idiay, si es que en Costa Rica no hay folklór!").

Como ve, estimado Miguel, los mates de los ticos —en especial la "extranjeritis"— viajan con ellos: se vienen a congelar en el invierno alemán o se van a derretir a los veranos griegos, se transfiguran; pero son indestructibles. Incluso regresan con sus dueños a Costa Rica. Y entonces tenemos a Juan Vargas importando vinos franceses, o comiendo pizza con los ojos en blanco y la mente en Venecia, o sentándose en sillones con nombre de rey.

Por si el mate nacionalista no me durara, sirva esta carta para testimoniar mi aplauso a su obra, mi identificación con ella... Y si regresara con mates cogidos aquí y olvidara este de ahora, agrégume a su lista. No dejará de darme pena.

Cordiales saludos,

Addy Sancho

F.D.

Disculpe los errores mecanográficos: estas máquinas alemanas tienen más mates que un burro mato. ¡Con decirle que hasta las teclas están en desorden!